

vos fariseos, embusteros que queréis dar á entender que venís al templo para orar, cuando no articulais ni aún una sola oracion, ni habeis hecho más que insultar á los demas con la ostentacion de vuestro lujo y de vuestros adornos poco decentes; vosotros no venís en realidad más que á haceros presentes y atraeros para vosotros solos la admiracion y las alabanzas (1). ¡Desgraciados!..... ¡Bien pronto sabréis qué suerte os espera!..... Imitadores del orgullo del fariseo en vuestra insultante oracion, participareís del mismo castigo.

Todo lo contrario sucedió con el publicano: humillado y confuso se mantenía lejos del altar (2). Se reconocía culpable, dice Heric, de haberse alejado de Dios por el pecado (3). Con la cabeza inclinada hácia la tierra, no se atrevia á mirar al cielo, confesando así y reconociendo que habia merecido el infierno (4). Se golpeaba el pecho con repeticion (5), porque el Señor ha dicho que del corazón salen todas las intenciones, todos los actos del pecado; y que así golpearse el pecho con una verdadera compuncion, es señal de verdadera penitencia (6).

Humillado de corazón, con el dolor en el alma, no cesaba de repetir: «¡Dios mio!..... ¡Sedme propicio, que soy pecador!...» (7). Sentimiento profundo de su propia indignidad y de su abyeccion; persuasion íntima de no haber merecido otra cosa que desprecio y castigo por parte de la Justicia divina, firme confianza de obtener de la divina misericordia su perdon; oracion cuyas cualidades resaltan hasta en el continente ó aspecto exterior, sencilla, resignada, modesta; hé ahí el tipo perfecto, el modelo completo de un alma verdaderamente humilde.

¡Oh! ¡Cuán dichoso es el publicano!..... exclama San Agustin; mientras que con el cuerpo se mantiene distante, se acerca á Dios por el espíritu y por el corazón (8). Y Dios, como si estu-

(1) Ascendit quidem orare; et noluit Deum rogare, sed se laudare et roganti insultare. (S. Aug.)

(2) Publicanus autem à longe estans. (Luc., XVIII.)

(3) A longe stabat, quia peccando longe à Deo recessisse noverat. (Heric.)

(4) Nolebat nec oculos ad cælum atollere. (Luc., XVIII.)

(5) Percutiebat pectus suam. (Ibid.)

(6) Tinsio pectoris poenitentiae indicium est. (Haym.)

(7) Dicens: Deus, propitius mihi peccatori. (Luc., XVIII.)

(8) Deò loginquo stabat, Deo tamen appropinquabat. (S. Aug.)

viere á su lado, como si estuviese cerca de su oido, cerca de su corazón, le presta acogida y le escucha. Porque, como dice la Sagrada Escritura, el Dios altísimo abate su mirada hácia el que es humilde, y teniendo alejados de Sí á los espíritus altivos y soberbios, no los ve más que para castigarlos (1). El publicano se confiesa pecador y llega á ser justo; no se atreve á fijar los ojos en el cielo, y en el cielo es acogida su oracion; se macera el pecho con golpes multiplicados, y de ese modo obliga al corazón de Dios á usar de misericordia con él; por sí mismo castiga el pecado que confiesa, y Dios se compadece de él, le absuelve y le perdona (2).

¿Cuál será, pues, el desenlace de ese drama divino? Ya habeis oido al fariseo que acusa orgullosamente á los demas y se absuelve á sí mismo; habeis oido al publicano que humildemente se confiesa culpable; pues escuchad ahora la decision del Juez que falla acerca de uno y de otro (3): « En verdad os digo que esos dos hombres salieron del templo con condiciones muy diferentes á las que tenían cuando entraron en él; pecador entró el publicano y salió justificado; el fariseo entró creyéndose justo y salió condenado» (4). ¡Cuán admirable, dice Eutimo, es el cuadro que nos presenta Jesucristo en tan pocas palabras!..... Nos muestra el templo transformado en tribunal, al altar como asiento de justicia, y á Él mismo sentado como Juez; al fariseo, que tanto se habia alabado y justificado, condenado y reprobado por Dios, y al publicano, que se habia acusado á sí mismo, absuelto por los labios del mismo Dios, y salvo (5).

Así, añade San Juan Crisóstomo, aquellos dos hombres que habian subido al templo para orar, fueron como dos cocheros que, con dos carruajes diferentes, hicieron el viaje del cielo, el viaje hácia Dios (6). Al principio parecia que debiamos felicitar

(1) Et Dominus de prope eum attendebat illic. Excelsus enim Deus humilia respicit et alta à longe cognoscit. (S. Aug.)

(2) Poenas à se exigebat et Dominus confitenti ignoscebat. (Ibid.)

(3) Audisti superbum accusatorem; audisti humilem reum; audi nunc judicem dicentem. (Ibid.)

(4) Amen dico vobis quia descendit hic justificatus in domum suam ab illo. (Evang.)

(5) Qui sese adeo justificaverat condemnatus est; qui sese adeo condemnauerat à Deo justificatus est. (Eutim.)

(6) Geminos aurigas et duas bigas præsens nobis sermo proponit. (S. Joan. Chrys.)

al fariseo y compadecer al pobre publicano; el fariseo, en efecto, tenía consigo la justicia que conduce naturalmente á Dios; el publicano tenía consigo el pecado que coloca al hombre á una distancia infinita de Dios. Pero el fariseo, juntamente con la justicia, llevaba en su carruaje á la soberbia; y el publicano, á la par que el pecado, conducía también en su carruaje á la humildad (1). Pues bien, la pesadez del orgullo es tal, que retarda, embaraza y hace imposible todo arranque, todo impulso de la justicia hácia el cielo, y precipita en el infierno; el publicano, por otra parte, tenía con el pecado la humildad, y es tal la fuerza de ascension de ésta, que aligera y bien pronto anonada el peso del pecado, peso capaz de arrastrar hasta los infiernos, y elevando el alma hácia el cielo, la conduce hasta la presencia de Dios (2). Así, mientras el uno se bambolea en su asiento, el otro se mantiene firme; mientras el uno cae desde lo alto, el otro se eleva de la hondonada; mientras que para el uno la austeridad de su virtud no le sustrae de la condenacion, para el otro la enormidad de sus pecados no opone ningun entorpecimiento á su gracia; mientras que el soberbio fariseo cae, cual otro Lucifer, en su carruaje demasiado pesado con el orgullo, con la rapidez del rayo á la sima infernal (3), el publicano, en su modesto carruaje, aligerado y conducido por la humildad, se eleva suavemente por los aires, atraviesa las esferas, penetra en los cielos, atraviesa por entre la multitud de los santos y de los ángeles que rodean el trono de Dios, se presenta ante el Eterno, le hace aceptar su oracion, le persuade, le conmueve, le aplaca, triunfa de su cólera, le inclina á la indulgencia y la piedad, y gozoso de tan grande victoria, vuelve con el perdon, la gracia, la salud y la vida. El uno vuelve á su casa justificado y el otro no (4).

Ahora medita la gran sentencia con que el Señor concluyó esta parábola: «El que se eleva será abatido, y el que se abate será elevado.»

¿Pero de qué manera y en qué lugar se verificará ese divino

(1) In altera justitia cum superbia, in altera cum humilitate peccatum. (S. Joan. Chrys.)

(2) Superbia ob sui molem justitiam deprimit; humilitas per sui eminentiam pondus superat et attingit ad Deum. (Ibid.)

(3) Videbam Satanam sicut fulgur de celo cadentem. (Luc., x.)

(4) Descendit hic in domum suam justificatus ab illo. (Luc., xviii.)

oráculo? Para algunas ocasiones, muy raras en verdad, en que hayamos visto á los soberbios humillados y á los humildes elevados, ¿no vemos casi siempre en este mundo al pecador orgulloso subir de dignidad en dignidad, pasar sus dias en el seno de la gloria y de la felicidad, mientras que, por el contrario, el justo modesto ocupa siempre el último rango, y yace sumido en el olvido, la humillacion y el desprecio? ¡Ah, carísimos hermanos míos! acordémonos de que no se trata de la humillacion en la vida presente, y que no es una humillacion visible con la que Jesucristo amenaza á los soberbios, como lo fué la de Nabucodonosor en su orgulloso fausto, y la de Manasés en sus iniquidades; semejante humillacion es con mucha frecuencia un efecto de la misericordia divina más bien que un castigo impuesto por su justicia; se trata de una humillacion interior, que por ser invisible no deja por eso de ser más terrible y más funesta.

Sí, los hombres dominados por la soberbia y por el orgullo, los hombres presuntuosos y altivos, los hombres que no respiran más que vanidad, honores, representacion, títulos, gloria y preeminencia; los hombres prendados de sus propias opiniones, obstinados en su propio juicio, que no pueden sufrir ninguna reprimenda, ninguna censura, ninguna autoridad, que creen que se bastan á sí mismos y que no necesitan de nadie, que todo lo censuran en los demás y que, sin embargo, quieren ser alabados y aplaudidos en todo cuanto deciden, hasta en sus extravagancias, sus delirios y sus caprichos; los hombres que se creen los únicos sabios, los prudentes que para todo encuentran remedio, los hábiles que todo lo preven, y los infalibles que sobre todo deciden y todo lo allanan, éstos son siempre y por todas partes humillados por Dios: «El que se eleva será abatido.» En efecto, en la caída del ángel, en la prevaricacion del primer hombre, y también en todos los pecados que se cometen, el primer principio del mal, el primer germen funesto, segun el oráculo de la Escritura, ha sido y será siempre el orgullo (1).

Todos esos hombres, infatuados con el orgullo y la vanidad, aunque con la apariencia exterior de una vida honesta y regular, como el fariseo, tienen siempre una afinidad secreta con Lucifer, padre del orgullo; tienen en el fondo de su corazon infernales

(1) Initium omnis peccati est superbia. (Eccl., x.)

simpatías hácia el vicio y el error; encierran en él esa levadura funesta que resiste á la accion secreta de la gracia, y que, ofuscando insensiblemente la inteligencia, concluye por corromper el corazon. Tal es la causa secreta de esas caidas que la historia eclesiástica refiere con horror, de ciertos mártires que, despues de rendir homenaje á la fe de Jesucristo por la generosidad de su confesion, le han deshonrado en seguida por el escándalo de su apostasía; de las caidas de ciertos doctores que, despues de haber defendido á la Iglesia con el esplendor de su doctrina, han concluido por combatirla con las blasfemias de sus errores; de las caidas de tantos fieles que, despues de haber edificado al pueblo cristiano con el heroismo de su virtud, le han contristado con el desórden de su vida. ¿Qué importa, pues, que el orgulloso no sea públicamente humillado á los ojos del mundo, por la pérdida de sus empleos, honores, grandeza y fortuna? ¿Qué importa si siempre está humillado á sus propios ojos y á los de Dios? El Señor tiene cuidado de humillarle por la privacion de todas las gracias, pues se ha dicho que para el orgullo no hay gracia, sino oposicion negativa y resistencia por parte de Dios. Sí, Dios resiste al soberbio (1); Dios le humilla particularmente, permitiendo que caiga en los vicios carnales, que son los que más humillan y degradan al hombre; por manera, dice Teofilacto, que es una regla general que todo hombre soberbio es al mismo tiempo lujurioso é inundo (2). Dios le humilla esparciendo densas tinieblas sobre su inteligencia y dejando que su corazon y su voluntad se endurezcan más y más; y á imitacion del soberbio Faraon, su alma concebirá un diabólico orgullo de sus propios pecados (3). Despues de humillar Dios de esa manera al pecador en esta vida, le humilla todavía mucho más en la otra, maldicién-

(1) Deus superbis resistit. (*S. Jac.*, IV.)

(2) Omnis superbus est immundus. (*Theophilact.*) Así obró Dios en otro tiempo con los antiguos filósofos, que, segun San Pablo, fueron, en castigo de su orgullo, abandonados á su sentido reprobado, por manera que no tan sólo cayeron en todos los errores, sido tambien en todos los desórdenes, en todos los excesos de la incontinencia, áun en los que son contra naturaleza; y porque habian querido deificarse por el orgullo, fueron humillados hasta un grado inferior al de los brutos por la lujuria: *Evanuerunt in cogitationibus suis, propter quod tradidit illos Deus in passiones ignominiae, in reprobum sensum, in operationem immunditiae.* (*Rom.*, I.)

(3) Induratum est cor Pharaonis. (*Exod.*, VII.)

dole en el juicio final, expulsándole de su presencia y precipitándole, en compañía de los réprobos y de los demonios, en la sima del fuego eterno. Así es que siempre se verifica el oráculo divino, que la soberbia del espíritu conduce directamente á la humillacion y al oprobio: *Omnis qui se exaltat, humiliabitur.*

Por el contrario, los hombres que se humillan, que se abaten, que se confiesan y reconocen culpables é indignos de todo beneficio á los ojos de Dios, que no corren jamas en pos de los honores; los hombres humildes que no tienen la más alta estimacion de sí mismos, que desconfian de sus propias luces y de sus fuerzas, y que por lo tanto buscan fuera de ellos la verdad que los instruya, un apoyo que los sostenga y un consejo que los guie, que quieren más creer que discutir, escuchar que decidir, y obedecer que mandar; éstos, aunque puede suceder que caigan en el vicio ó el error, se levantarán pronto ó tarde. Aun en medio de sus extravíos, en medio de sus desórdenes, se hallan todavía unidos por una afinidad secreta, por un hilo oculto, á Jesucristo, Maestro y Modelo de la humanidad; tienen simpatías celestiales á la verdad y la virtud; conservan libres y abiertas la vía y la entrada que conducen á su corazon; esa vía es el sendero, es la puerta de la humildad por la que puede introducirse siempre, y se introduce de hecho en su corazon, la gracia que le convierte, le transforma y llega á hacerse dueña de él. Tal es la causa de tantas mudanzas ruidosas, de tantas conversiones admirables de que se oye hablar todos los dias, de idólatras que se han hecho cristianos y luégo han sido mártires de la fe; de ministros y secretarios del error transformados en discípulos y doctores de la verdad católica; de pecadores escandalosos que han llegado á ser santos. ¿Qué importa, pues, que el hombre humilde no sea, como José, enaltecido visiblemente y trasladado de la prision al palacio de los reyes, con tal que Dios cuide de elevarle de una manera invisible, pero que no por eso es ménos noble y ménos gloriosa? ¿Ese hombre no está seguro de obtener todos los favores del cielo, pues que Dios ha puesto su gracia á disposicion de las almas humildes? Y en efecto, los humildes no tienen más que extender la mano para recibir la gracia y para poseerla; Dios lo ha dicho: «Él da su gracia á los humildes» (1). Dios eleva

(1) Humilibus dat gratiam. (*Jac.*, IV.)

al hombre humilde concediéndole la luz divina que ilumina y eleva la inteligencia, poniéndola por la fe viva en comunicacion con la verdad infinita; le eleva por la gracia que le ennoblece y une al amor infinito; le eleva librándole de la servidumbre del pecado, iniciándole en la gloria, en la adopcion de los hijos de Dios; y despues de haberle realzado así en esta vida, le eleva mucho más en la otra bendiciéndole en el juicio final, tratándole como amigo y como hijo, y llamándole á la posesion de su reino: « Venid, benditos de mi Padre » (1). Y así llega á quedar completamente manifiesto que la humildad es la puerta de la verdadera elevacion, de la verdadera exaltacion, de la verdadera gloria y de la verdadera grandeza: *Omnis qui se humiliat, exaltabitur.*

¡Oh vosotros, pues, los que en el seno de la incredulidad, de la herejía y del cisma, os encontrais indecisos, fluctuantes, fatigados, intranquilos, y que gemís abrumados por el peso de vuestras dudas; vosotros, que os hallais devorados por la sed de un símbolo de verdad sólida, preciso y uniforme; vosotros, que pasais dias tan tristes en un estado en que no podeis vivir, y del que no teneis valor para salir, humillaos y prosternaos como Agustin, con la frente en la tierra; sí, poneos de rodillas, orad y pedid que rueguen por vosotros; sí, recurrid á María, tomad agua bendita y proveeros de la medalla milagrosa! ¿Os parece esto una necesidad, una locura? ¡Ah!..... Eso es porque no conocéis la fuerza sobrenatural de esos pequeños actos de devocion. De ese modo hariais un acto de humildad, conseguiriais un primer triunfo sobre vuestra razon orgullosa, y entónces habriais hecho algo por vuestra salvacion. Dios, que nos conoce demasiado y que no nos pide jamas mucho, acepta con frecuencia lo poco que hacemos, suaviza nuestro corazon de bronce, ilumina y hace que se doblegue ese corazon hasta ahora ciego. La experiencia nos enseña que, ya sean hombres, ya mujeres, todos los espíritus soberbios, despreciadores é inflados de sus propias luces, idólatras de su razon, que aparentan el pretender la verdad como una conquista suya, en vez de recibirla de Dios como un dón, permanecen ciegos en la luz del mediodia, obstinados y duros á los impulsos de la gracia, á los ejemplos de un número tan grande de correligionarios suyos que se convierten; por el contrario, las

(1) Venite benedicti Patris mei. (*Matth.*, xxv.)

personas humildes y modestas que conocen su ceguedad, la confiesan; los que piden con humildad y buscan con sinceridad la luz divina, se convierten de una manera muy pronta; habiéndose arrodillado incrédulos, se levantan cristianos; habiéndose arrodillado herejes, se levantan católicos; y Dios, sacándolos de la miseria y de la abyeccion del error y de la duda, los eleva á la gloria de la fe, y hasta á la preciosa posesion de la eterna verdad.

Y vosotros, católicos, tambien gemís bajo el peso de vuestras faltas, en la esclavitud de una pasion que no podriais amar, por aprension al porvenir, pero que por adhesion á lo presente, no sabeis reprimir; vosotros tambien suspirais por una conversion cuya imperiosa necesidad sentís en vuestro corazon, pero que vuestros hábitos criminales os hacen mirar como imposibles. Humillaos; hé ahí el único camino fácil y seguro para llegar á triunfar de vosotros mismos. Abrid el camino á la gracia por la práctica de la humildad; presentaos á Dios con la confusion del publicano; conoced vuestra debilidad y confesadla; cuando la gracia divina encuentra un espíritu sumiso, forma instantáneamente y sin dificultad un corazon lleno de compuncion, y hé ahí por qué el Profeta ha dicho que la humildad del espíritu va siempre acompañada de la compuncion del corazon, á la conquista del perdon de Dios. « No, Dios no despreciará á un corazon contrito y humillado » (1). Entónces, vuestra conversion es cierta, y desde la profunda abyeccion del pecado seréis elevados hasta la gloria de la gracia y del amor de Dios. En una palabra, persuadámonos de que la humildad es la madre de todas las virtudes, como la soberbia lo es de todos los vicios.

¿Luego por qué se ha de producir tanto alboroto por el nacimiento, los talentos, los conocimientos adquiridos y las dignidades? ¿Por qué tanto furor por recibir elogios, distinguirse y mandar? ¿Por qué tanto lujo, tanto fausto en las habitaciones y en los vestidos? Humillémonos de corazon ante Dios y ante los hombres; humillémonos, porque así como el Hijo de Dios se hizo Hombre, como la Madre de Dios se hizo su Sierva, todo cristiano debe hacerse niño si quiere servir á Dios y salvarse (2). Hu-

(1) Cor contritum et humiliatum Deus non despiciet. (*Ps.* L.)

(2) Nisi efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cælorum. (*Matth.*, xviii.)

millémonos por virtud para evitar que Dios nos humille por castigo; humillémonos si somos justos, porque de la humildad procede la fortaleza que puede hacernos perseverar en la gracia; humillémonos si somos pecadores, porque la humildad allana el camino para la contrición y asegura el perdón de la falta; humillémonos todos y siempre, sean cuales fueren nuestro estado y condición, porque la humildad cristiana es el fundamento de la fe, el apoyo de la esperanza, la precursora de la caridad, la custodia ó la guardadora de la castidad, y la escuela de la oración. Humillémonos para ser elevados durante esta vida, cuando Dios nos eleve de las imperfecciones á la santidad, del error á la verdad, del pecado al estado de gracia, y para que después de la muerte seamos elevados de la vida de la gracia á la vida de la gloria.

SEGUNDO PUNTO. Es muy común el oír á los cristianos de nuestros días lamentarse en los siguientes términos: « Cuando vamos á la iglesia no sabemos qué decir; no somos teólogos; no sabemos orar; ¿cómo quereis que estemos siempre en oración? » Pero el publicano del templo nos ha hecho conocer el poco fundamento de esa queja, lo absurdo de esa excusa. Léjos de ser teólogo, no era ni aun clérigo; léjos de ser justo, era pecador y grande; no sólo era seglar, sino gentil. Y sin embargo, supo orar, y mereció ser atendido. ¿Y cuál fué su oración? Una sola palabra: « ¡Dios mío! ¡Sedme propicio, pues soy pecador! » (1). Esa sola invocación, pronunciada, repetida con un corazón profundamente humilde, con un corazón sinceramente arrepentido, fué suficiente para valerle el perdón de su pecado, para obtenerle toda la gracia, para hacerle adquirir todo mérito, para justificarle, santificarle y salvarle. Volvió justificado (2).

¿Pues por qué nosotros también no hemos de poder hacer otro tanto? ¿Necesitamos, por ventura, el ser teólogos, el haber seguido una carrera literaria, y haber recibido una grande instrucción para ir á la iglesia, escoger un sitio oscuro y oculto, ponernos de rodillas, traer á la memoria la multitud de nuestros pecados, el desorden de nuestras pasiones, la pesada carga de nuestros vicios, la profunda miseria de nuestro corazón, y luego, humilla-

(1) Deus propitius esto mihi peccatori. (Evang.)

(2) Descendit hic justificatus. (Evang.)

dos y confusos con esa revista y con todos esos recuerdos, inclinada la cabeza hácia la tierra, y con los ojos bajos, decir y repetir á Dios como el publicano: « ¡Dios mío, tened compasión de mí, que soy un grande pecador! » ¿Habrá un solo hombre, por grosero é ignorante que sea, que pueda encontrar semejante oración difícil y superior á sus fuerzas, su capacidad y su inteligencia? ¿Habrá alguno que pretenda que no puede ó no sabe hacer otro tanto? Y, sin embargo, si hacemos eso, tan solamente eso, Jesucristo, por el ejemplo del publicano que hoy nos pone á la vista, nos enseña que eso sólo basta para orar bien, para ser escuchado y para salvarse. Ya nos lo había dicho también en otra parte: « Cuando oreis, guardaos de hablar mucho » (1). Pues bien, hé ahí que hoy día confirma ese precepto por el ejemplo del publicano, y nos dice que para orar no hay necesidad de discursos estudiados, sino de sentimientos sinceros; que no hay necesidad de hablar mucho, sino de humillarse mucho. Así, aunque no hagamos más que repetir una sencilla y corta oración, sabremos siempre orar bien si sabemos ser humildes.

La humildad, dice San Juan Crisóstomo, obra para con nosotros, poco más ó menos, como un abogado que, uniéndose á nuestra súplica, la eleva de la tierra, la introduce en el cielo en medio de los ángeles, la presenta á la vista de Dios, la da crédito en su tribunal, la defiende y la hace valer con el Juez supremo, hasta que quede desarmado, aplacado é inclinado á tratarnos con misericordia (2).

Y en efecto, lo ha prometido por su Profeta; jamás se mostrará ni desdeñoso ni sordo al ruego de los humildes, sino que, por el contrario, los escuchará con disposición de compasión, de bondad; le aceptará y le acogerá (3). Observad la conducta de la Cananea; la importunidad con que instó, y la confianza con que supo orar, la prepararon el camino para llegar al corazón de Jesús; pero la humildad fué la que la valió para ser atendida. Hizo más que confesarse pecadora; no retrocedió ante la humillación de ser comparada á una perra, y por eso mismo llegó á

(1) Orantes autem nolite multum loqui. (Matth., vi.)

(2) Humilitas assistet tibi tribunali divino, in medio angelorum, cum fiducia multa. (S. Joan. Chrys.)

(3) Respexit in orationem humilium et non sprevit preces eorum. (Ps. c1.)

ser hija del Señor; se declaró indigna hasta de postrarse á los piés de Jesucristo, y fué invitada á sentarse á su mesa; no pidió más que las migajas que se arrojan á los perros, y mereció el alimento reservado á los elegidos.

Luego si siempre y por todas partes debemos humillarnos, ¿cuánto más deberémos hacerlo en la oracion?..... Entónces es cuando debemos confundirnos en presencia de la majestad de un Dios, confundirnos á la vista de los pecados con los cuales le hemos ofendido, y de los castigos que hemos merecido de su parte. Sí, confundámonos; y que la actitud humilde y modesta de nuestro cuerpo sea un indicio sincero de la humildad de nuestro espíritu; entónces, escuchados y perdonados por Dios, su mano misericordiosa irá á buscarnos al abismo de nuestra miseria y de nuestro pecado. Ella nos elevará hasta la posesion de la gracia, hasta el rango de amigos y de hijos de Dios. Entónces se cumplirá sobre nosotros y en nosotros el oráculo divino: «El que se eleva será abatido, y el que se abate será elevado: *Et omnis qui se exaltat humiliabitur, et qui se humiliat exaltabitur.*» Así sea.

OCTAVA HOMILÍA.

LAS DIEZ VIRGENES,

Ó LAS DIFICULTADES DE LA CONVERSION EN LA HORA DE LA MUERTE.

Queretis me et non invenietis; et in peccato vestro moriemini. (SAN JUAN VIII.)

Me buscaréis y no me encontraréis; y moriréis en vuestro pecado.

La muerte funesta de Antíoco, tal como se halla minuciosamente descrita en la Sagrada Escritura, nos revela una verdad muy triste, y puede llegar á ser un medio saludable para disipar la ilusion.

La muerte no vino á arrebatarse de improviso á aquel infame perseguidor del pueblo de Dios: una larga enfermedad debia prepararle lentamente para descender á la tumba: «Cayó enfermo y permaneció en el lecho por espacio de muchos dias» (1). Ni el apego á la vida, ni lo fuerte de su constitucion, ni el vigor de la edad, ni las adulaciones de los cortesanos, pudieron ilusionarle hasta el punto de desconocer el grave peligro en que se encontraba, y de comprender que moriria de aquella enfermedad (2). Volvió, pues, sériamente su atencion á sí mismo; trajo á su memoria todos los escándalos que habia dado á sus súbditos, los condenó en presencia de toda su córte, y se declaró profundamente afligido y arrepentido de ellos (3). Recordó las iniquidades come-

(1) Decidit in lectum et erat ibi multos dies. (*Macch.*, VI.)

(2) Et arbitratus est se mori. (*Ibid.*)

(3) Vocabit omnes amicos et dixit: In quos fluctus tristitiæ deveni, qui jucundus eram in potestate mea. (*Ibid.*)